

TIPOS ESPAÑOLES.



El Memorialista.

«La llaga que al principio no se cura requiere al fin mas áspera la cura.»

ERCELLA.

ISIDORA. Pues óyeme.

LUCCIA.

Va de historia.

Comedia antigua.

A pesar de que la igualdad es una palabra mágica que se halla en boca de todos, y que todos acatan, no es, sin embargo, el fuerte de los humanos que á toda costa procuran encumbrarse los unos sobre los otros; y si hablan mal de los de arriba, es porque no ocupan su plaza. De tan estirada verdad es una prueba mi afición á los altos puestos, pues ya que no he podido conseguir ninguno de los de la nacion, he deter-

minado vivir en boardilla, para estar sobre los demas, sino moral, físicamente; y esto, caro lector, sin mas ni menos te ha proporcionado una historia, y á mí el gusto de ser su autor: porque has de saber, que parod por medio, vive un vejete seco y cariacontecido, escribiendo memorialista, que el otro dia me echó por debajo de la puerta un cartapacio, cuyo testo con poca diferencia es como sigue:

«Muy Sr. mio y estimadísimo amigo: habiendo leído en el ecurucho donde vinieron encerradas las judias de ayer, su nombre de V. en letra de molde, me apresuro á comunicarle mi historia, para que sirva de escarmiento á padres y á hijos, á presentes y futuros.

«Nací en el Toboso, patria de Dulcinea y otros varones célebres. Mi padre era maestro de escuela, bar-

bero y sacristan de aquel lugar; con cuyos importantes cargos, logró adquirir unas aranzadas de tierra que daban para comer, y una viña para cenar; bien quisiera él haberme dedicado á la labor; pero mi madre aconsejada por algunas vecinas, y apoyada en el voto del albeitar, que era hombre de peso, se opuso con toda la fuerza de sus pulmones, y declaró que lo que convenia al lustre de la familia, era que yo fuese fraile. Opúsose el molero, que tenia sus razones para alejarme del estado prolífico, mas al fin hubo de callar, oyendo á mi madre decir con resolución:—«No se cansa V. tío Panzote, mi hijo Polieronio ha de ser Padre y de S. Francisco. El es muy sabio: doce años tiene y conoce táticas las letras mejor que su padre, canta unos *Kíríes* que dá gloria, y enciende las velas que no hay mas que ver; con que cosa hecha y chitico, que cá uno tiene su alma en su almarío, y sus padres, á Dios gracias, tienen para poner una olla, sin que él tenga que trabajar como un negro.»

«Desde este momento se transformó mi traje en sagrado, es decir, de pardo se tornó negro; me empezaron á acostumar á la vida del convento (no hacer nada), cosa bien fácil á la verdad, y todas la vecinas aseguraban á mi madre, cuando iban á pedirle algo, que llegaría yo á ser Patriarca de las Indias, y el apoyo del lugar.—Todas estas esperanzas tan halagüeñas las marchité en flor, teniendo que casarme de barullo y cuando menos se esperaba, con una hija del tío Panzote, muchacha de quince á veinte, dura y rolliza como una manzana, tuerta de un ojo, y con el remanente atravesado, eco de voz ronco y aguardentoso, mas maliciosa que una serpe, y mas brava que un novillo de Utrera. Se puso molina en madre, sonóse mi padre cuando supieron tal noticia, y tuvieron á bien conformarse, supuesto que no habia otro remedio, y dirigir algunas caricias á un robusto pàrvulo, ramificación de su tronco viejo, y fruto de mi cosecha, que era el verdadero cuerpo del delito.»

«En tanto ya habia criado costilla, y no servía para trabajar; los años eran malos, las cosas vinieron á menos, y como el tío Panzote y la tía Loba, mis suegros, se metieron tambien en casa, muchas manos en un plato pronto tocan á rebato, de modo que fue menester tomar de aquí y empuñar de allí, y al cabo de cuatro años se quedaron mis padres por puertas, llevándose el escribano y las comisiones las últimas coetas del embargo, al mismo tiempo que nacia mi quinto heredero. Los que me dieron el ser, por fortuna suya, comprendieron el mal papel que iban á hacer en este mundo, y en menos de un mes se fueron á la gloria los dos, dejándome el día y la noche por míos, amen de algunas deudas y el entierro.»

«Heredé la triple profesion de mi padre, aunque no sabia poner bien mi nombre, ni leer en el breviario; respecto de lo demas tenia voz de chicharra, y jamás supe afeitarme solo. El pueblo, por la novedad, me recibió con entusiasmo, y porque dudaba que pudiese ser peor que mi padre; mas

¿quién habrá que en sus males no le espere?

¿quién habrá que en sus bienes no le tema?

como decia V. el otro día, cuando rodó las escaleras y se le partieron los pantalones de estreno, y se le ensuciaron los guantes, y se le cayó el sombrero en aquello de la escalera; el pueblo se disgustó pronto conmigo por quisquillas nada mas; las madres porque mi muger sacudia á todos los chicos y se peleaba con ellas; las haatas porque no gritaba como mi padre en los entierros y fiestas solemnes, sin hacerse cargo de que no tuve nunca voz; y los hombres (¡vea V. que simpleza!) porque mulaban semanalmente el pellejo de la cara, convirtiéndose en gatos desollados.»

«Vino entonces de Madrid, por mi desgracia, el hijo del albeitar, con una gorra como un plato, llena de colorines, vigotes enormes que cruzaban toda su cara de poniente á levante, y touo de magistrado; esta ayudó las hablillas, llevando su encono hasta el punto de tratarme de bárbaro públicamente, porque habia sido fraile en proyecto é hijo de un realista: por último resultado perdi mis destinos por infiel, y los ocupó el Hombre-vigotes.»

«El año de 1822 era, no se me olvidará, como que fue la primera crisis de mi vida; amaneció un día hermoso, y mis siete criaturas me rodeaban pidiéndome pan y no habia que darles; su madre me atormentaba con sus reconvencciones, con sus injurias, con sus amenazas y hasta con sus acciones no siempre blandas. Echábame en cara á mas, que ella sola iba á tener que mantener la casa, hasta que al fin tanto dijo, gritó é hizo, que desesperado salí á la calle, y sin saber lo que me hacia, tomé el camino en peso, y me encajé en el Quintanar de la Orden.»

«Entréme en una posada, cansado y con deseos de tomar algun refrigerio, y la hallé ocupada por un sin número estraordinario de gentes, vestidos de trages raros y con dichos y hechos de locos; era una compañía de cómicos vergonzantes ó de la legua, que acababan de llegar, y que estaban ataviándose para un ensayo en el pajar, habitacion la mas estensa del mesou. Mas hé aquí que cuando todos boquiabiertos esperaban que se formalizase el acto, salen con que faltaba nada menos que el Rey. Vueltas por acá, reniegos por acullá, y el ensayo sin empezarse, hasta que un arriero de mi pueblo, llamado Panzotein (a) *Clarinejo*, dijo:»

«Si quisiera hacerlo el pœ sacristan, yo aseguro que lo haria tan bien como la madre que me parió.» Me pintaba yo solo en aquellos tiempos para decir una relacion burlesca, llevaba bien el compás con los pies y las manos, y la accion con el verso, porque para que se aumentase el bodigó en los casamientos, los monacillos y yo hacíamos siempre algo, de modo que no temí la prueba que me propuso el autor.»

«Vestíme de Rey con los calzones colorados de un tambor; con una sábana periódicamente tiznada, imitando las manchas del arminio, y coloquéme magestuosamente una corona de cartou en la cabeza. Llegado el momento de hablar, entoné mi voz como si fuera á cantar una antífona; pátéc, manotéc, arrojé

¡Oh variedad comun! mudanza cierta!

espuma por la boca en los cuatro versos que tenía que decir, y casi en triunfo fui aclamado individuo de la compañía para lo trágico.

«Referir á V. con pormenores las palinadas, los brabos que alcancé en los corrales y pósitos, sería vanidad en mí.—Una noche, en la que mas aplausos estaba recibiendo, porque tendí de un palo en un raptó escénico al que hacía de traidor, me sucedió una catástrofe que aun ahora en la soledad del estrecho recinto de este biombo, recuerdo con temblores: al ir á casarme con la dama, que era una valenciana algo pegajosa, saltó una furia sobre el delaznable tablado, arrollando cortinas y candilejas, y me estampó una bofetada en mi rostro régio, y tras de aquella una granizada de coeces y mogieques, soltando al mismo tiempo mil descompuestas razones, envueltas en interjecciones y adjetivos no muy limpios.—«Infiel... no solo has abandonado á tu sangre, á los hijos de tu muger... sino que te quieres casar con otra... ya te encontré... perro... el mundo hubiera corrido (la escena pasa en Esquivias) por sacarte el alma entre mis uñas.» Sino el alma, los ojos padecieron mucho en aquella descomunal refriega, en que mi muger (pues no era otra la foria) demostró toda su fiera.»

«Mis vasallos hubieron al ver su Monarca atacado, y el patio aplaudió con furor, creyendo aquel acontecimiento parte del drama, y reía á careajadas al ver mi rostro arañado, mis cabellos mesados, y mis vestidos descompuestos. No sé donde hubiera llegado aquella escena tan horrible, pues mi muger pagó con la valenciana que era también del bronco, sino empezara de pronto á caer tierra de un costado del teatro: asustáronse todos, y empezaron á retirarse atropelladamente; pero la pared no dió lugar y vino al suelo con estrépito. Se apagaron las luces, era imposible respirar con el polvo, ni rebullirse con la gente, y aunque ninguna desgracia sucedió, por haberse vaciado solo un poco para el interior y lo demás á la calle, parecía que el mundo se acababa...»

«Pasada la tormenta en el teatro y en el hogar, avínose mi muger y seguí de comico, hasta que por los años de 1824 con unos ahorritos que tenía traté de venirme á Madrid á pretender un destino.—Así lo hice, mas el dinero se consumió, y el empleo no venia. Un día tuve ya uno apresado en la policía, y me lo quitó de entre las garras el hijo del albeitar, que había cambiado de ideas con el uniforme, y que me tachó delante del Gefe por mis antecedentes, y por haber representado la *Fueta de Padilla*, y otras comedias antireligiosas: en fin, logré colocarme en una hermandad, y como mi cara es macilenta, y mis ojos ahicados, fingiendo la voz é inventando devociones, sacaba mal que bien del cepillo, para teparle la boca á mi muger y á mis cuatro angelitos (los demás á Dios gracias se fueron á la gloria) hasta que vino la amnistía, la muerte del Rey y la revolucion.»

«Abri entonces tanto ojo por aquello de que á río revuelto ganancia de pescadores, y en efecto, no me equivoqué, pues por pocas por pocas me hacen *Gobernador civil*, solo que tenía el pelo cano, y á pesar d

que protesté que era un ignorante, que los años no me habían dado experiencia etc. me desoyeron y endosaron el destino á un jovencito con melenas que no sabía ni hablar español. No perdí la esperanza, y á *Dios rogando y con el mazo dando*, logré un destituido de poco sueldo en rentas; pero de muchas utilidades según mi antecesor.»

«Instaléme en mi portillo, y di á mi figura cierto aplomo, que oía á tiro de ballesta á empleo fresquito. Pasáronse ocho dias, presentóse un contrabando, y yo por conservar mi destino, creyendo también de buena fé, que era mi obligacion, rechazé todo ajuste y lo aprehendi. Dos dias despues recibí un oficio del vigésimo ministro que ocupaba la poltrona de hacienda aquel mes, y en el que creí se me daría un ascenso ó las gracias; pero era para dejarme á pie, *atendidos mis relevantes servicios que se tendrían presentes en adelante*, y poner en mi lugar al maldito albeitar, que se habla dejado crecer de nuevo su tremendo vigote, y hablaba de libertad, de democracia, de sociabilidad y otras labraundas, como de torozones y garrotillo cuando vino del Colegio.»

«Una vez cesante, aunque no el vientre de mi muger, que dió por fruto un vástago en aquellos dias, me dediqué por consejo de un foslorero amigo á entretener la miseria con el penoso ejercicio que hoy tengo.»

«No encontrando cajon vacante en el sucio patio de *Correos*, me introduje en un oscuro portal de la tartuosa calle de la Paz, hice una especie de biombo con unos cuantos números del *Eco* y del *Patriota*, coloqué en su centro una mesilla cubierta de una bayeta agujereada, que servia para los entierros en un convento, y compré un tintero de vidriado de Valencia: una carpeta de hule pintarrageado, una cuchilla de navaja de afeitar, liada hasta la mitad con un bramante, en vez de cortaplumas, una silla de baqueta, y un banquillo para los parroquianos, completaron mi ajuar. Se supone que como V. habrá visto, tengo en la puerta dos cartones que entre follages y rasgos ostentan un letrero arqueado, oblicuo y recto, que en atravesadas razones dice:

Copia en Letra Antigua Memoriales.

¶

Escribe Cartas y Cuentas.

Dará Lección De Primera Educacion y Razón De Criados y Otros Efectos.

Desde entonces suele caer de ocho en ocho dias algun memorial ó carta de los gallegos y de las modistas, y con el uso voy yo también entendiendo mi letra; pero tiene muchas queiebras el oficio. El otro día, atalondrado por unos chiquillos que se espetaron en el portal, chillando y azuzando un perro, puse un memorial para el ministerio de Marina en una cuartilla timbrada, con dos cupidos, mas por fortuna mia, no pudieron descifrar su contenido, y solo pasé susto; no así con una costañera querida de un calesero, que bien

caro me ha costado el que fuese en papel sellado y en términos elegantes: vea V. el testo:

«Sr. D. José (a) Tizado.

«Muy Sr. mio:

«Al paso que deseo que V. participe de un horizonte claro y despejado en orden á su salud, me concreto á decirle por medio de estos sucintos caracteres que, supuesto que no veo en la correspondencia de V. para con mi persona estímulo alguno, que pueda impedirme al Trayecto de nuestra relacion ó amistad, la que ha sido sienpre mi Valuarte, y supuesto que V. ha elegido otro aliciente que me sirva de rival, que será mas grata para V. por estar adornada de constitutivos físicos de los que acaso yo carezco, aunque no carezco de los Morales, que son los mas eminentísimos y perfectos, ni tampoco de los Rodimentos de una Buena educacion y principios, que, me han enseñado en mis años incunales y que conservo en la presente edad adul-

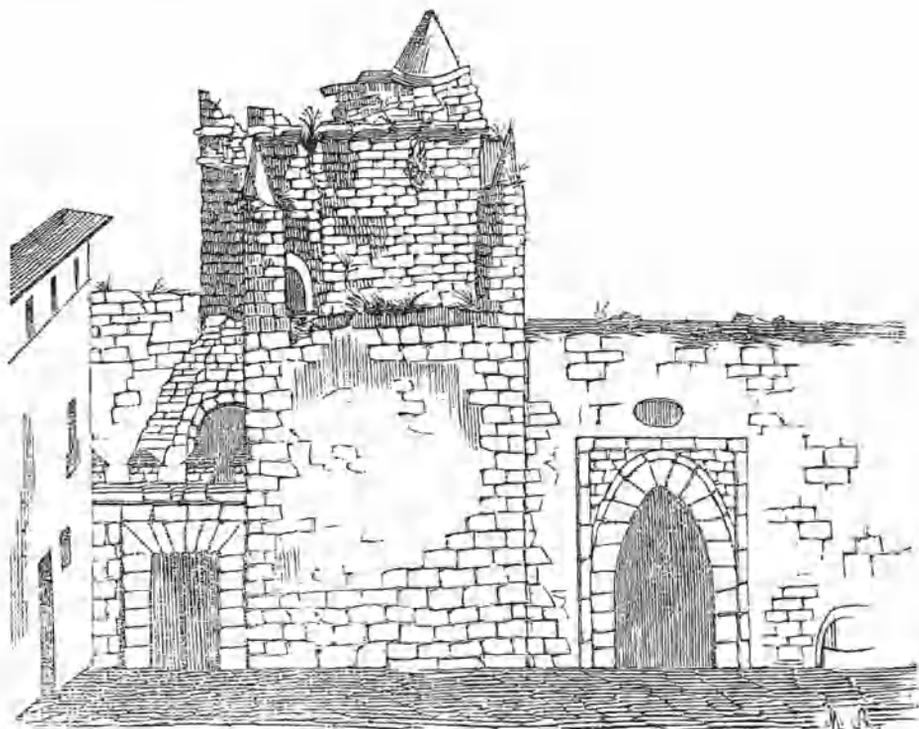
ta, en que me hallo me tomo el placer de tener la satisfacion de comunicalle la última despedida, pues no puedo permanecer vacilante al ver el estado fanático de V. Adios, Tizado, hasta la tumba.»

«Pues la otra noche aquellos gritos que oyó V. eran los que yo exhalaba otopellado por el bárbaro del anante de la castañera, que le pareció ofensiva y atroz mi carta, y sobre todo (¡oh dureza de ingenio!) ininteligible; mas afortunadamente bajó mi muger, y temió el Roldan al ver el ojo colérico de mi cara mitad.»

«Esta, amigo, es mi historia, que bien puede servir de ejemplo para los que desconocen sus intereses hasta el punto de preferir la bambolla á la utilidad, como sucedió á mi madre y...» Aquí seguia una coleccion copiosa de reflexiones morales del bueno de D. Polieranio Cortaplumas y Papelote, que movia á lo que toda su historia...á sueño.

J. GIMENEZ-SERRANO.

ESPAÑA PINTORESCA.



La torre de los Donceles en Córdoba.

Hay en la ciudad de Córdoba, unida al lienzo de muralla que la rodea por la parte Oriental, una antigua torre, cuya perspectiva del lado de Poniente, que es el que corresponde al interior del pueblo, damos al frente de este artículo. Su elevacion notable, la regularidad de sus proporciones, y la solidez de su fábrica, le dan un aspecto noble y magestuoso, que á primera vista llama la atención. Su figura es la de un pa-

ralelógramo, y unida á él por el P. una torrecilla ó mirador de fecha mas reciente, no muy elevado, y cuyo objeto no es fácil adivinar. El interior ofrece una distribucion rara, y que dá á conocer desde luego que no es coetánea á la época de su construcción. No hemos podido descubrir con certeza cual sea esta; pero observando la manera de la fábrica en los pocos trozos que pueden suponerse de la primitiva; la situa-

cion de la puerta, de que hablaremos despues, y la relacion que guarda con el sistema antiguo de defensa de la ciudad, parece que debe referirse al tiempo de la dominacion árabe, aunque su aplicacion entonces seria muy diferente de la que despues le ha tocado.

En efecto, examinándola por la parte del Mediodia, se descubre con toda claridad, que la que hoy aparece una torre, fueron dos en la antigüedad, de las que se ha formado una, cerrando el claro que entre ellas quedaba por medio de dos arcos sobrepuestos de rosca de ladrillo, y una tapia del mismo material. Y registrando el interior, esta conjetura adquiere el grado de evidencia; pues se notan perfectamente las dos torres, y se vé que fueron construidas para la defensa y adorno de una de las puertas mas sencillas y elegantes de la ciudad, que estaba en medio de ellas. Los antiguos historiadores han hecho mención de que *Al-Xerqui* (que hoy corrompida la palabra llamamos la *Axerquia*) ó sea la parte inferior (oriental) de la ciudad, estaba cercada de murallas, en las que habia diferentes puertas, las cuales estaban defendidas por torres, que fueron las primeras fortalezas de que los cristianos se apoderaron cuando la conquista. La de que tratamos era sin duda una de ellas; y como no hayamos encontrado mención de esta antigüedad en los escritores que han hablado de las cosas de Córdoba, y tenemos por otra parte el verla destruida cuando menos se piense, como tantas otras lo han sido, hemos creído útil formar un borron que la presente tal cual (segun por la que queda puede rastrearse) estuvo en su principio, y es el que vé al final de este artículo.

Segun por él se vé, se componia de dos torres de bastante altura, unidas por el lado del N. por un doble lienzo de muralla casi de igual estension que ellas, en cuyo centro estaba practicada la puerta. Era esto de proporcionada magnitud, formada por dos arcos apuntados, mayores que el medio círculo, separados entre sí un corto trecho, el cual estaba cerrado por una fuerte bóveda; sobre él, situado á la parte exterior del muro, estaban indicados otros dos sobrepuestos y macizos, resaltado el mas elevado de ellos. De una á otra torre, en el espacio correspondiente al que quedaba entre los arcos que formaban la entrada, corría, á la altura del primer arco macizo, y por encima de la bóveda, un pasadizo, en el que cabrán dos personas de frente, por el cual se comunicaban las doz. Entre el segundo y tercer arco, debió existir á distancia conveniente, una lápida con alguna inscripcion; consérvase perfectamente señalado el lugar que ocupó, adornado con una labor sencilla, muy parecida á la que en iguales sitios se ve de su clase en otros edificios árabes.

La fábrica es toda de piedra caliza, que en Córdoba llaman franca; la colocacion y corte de las piedras, el árabe, conocido por al dos por tanto, formando en el testero en que se halla la puerta, un pulido almohadillado. Las impostas en que descansan los arcos son de mármol blanco, y hoy se ven apoyadas en unas columnas de la misma materia, cuya mayor parte está enterrada, por lo que no se sabe la forma de la base, si es que la tienen. Así las impostas como las colum-

nas no parecen de la primitiva fábrica; las últimas son de estilo romano, y probablemente colocadas allí en algun reparo que se hizo al edificio. Ignoramos el motivo de que esta puerta se cerrase cuando tan necesaria era, que hubo que abrir otra á sus inmediaciones, cerrada tambien pocos años ha, no sin graves perjuicios del vecindario, que inútilmente ha reclamado contra esta determinacion; no nos es conocido tampoco el de las demas variaciones que la han reducido al estado que en la actualidad tiene; pero es indudable que todas son muy antiguas, como lo es el nombre de *Torre de los Donceles*, que todavia lleva.

Sobre el origen de este curioso nombre, nada se sabe de positivo. Algunas tradiciones lo derivan del objeto á que muy desde lo antiguo estuvo destinada, que fue el de servir de lugar de prision ó arresto para los Caballeros que cometian algun delito ó exceso, que mereciese sería correccion. Sabido es que la nobleza de Córdoba ha sido de las mas esclarecidas del reino, y que habrá muy pocas ciudades en que hayan habitado tantos linages ilustres. No hay razon para suponer que la educacion y costumbres de la juventud fuesen en ella diferentes de las que tenían en las demas partes de la Monarquia. Los galanteos, pues, las euclilladas, los desafueros contra las autoridades locales, las aventuras de toda especie, pululaban en esta ciudad; y eran muy frecuentes, de sus resultas, los arrestos y prisiones de mozos que, ó sobradamente ligeros, ó excesivamente atrevidos, purgaban sus entonamientos y calaveradas con algunos dias de encierro. Y como la palabra *Doncel* es genérica y pueda denotar al jóven soltero, y estos fuesen por lo común sus moradores, por ser los que mas á menudo incurrian en semejantes deslices, de ahí el que el edificio tomase su nombre y se llamase la Torre de los Donceles. Todavía se conserva por tradicion, que los últimos Caballeros que en ella estuvieron detenidos, fueron los complicados en la muerte alevosa que se dió en el pasado siglo al Marqués del Villar de Rivas, sugeto notable en Córdoba, por lo bien que montaba un caballo, esgrimia la espada, y ponía rejoncillos á un toro.

Sin negar la verosimilitud de este parecer, tenemos por mas probable, que el nombre de cuyo origen tratamos, vino de haber estado en la antigüedad encargada la Alcaldia ó guarda de esta fortaleza á los Alcaldes de los Donceles, cuyo solar, mayorazgo y residencia ordinaria estuvo por algunos siglos en esta ciudad. Pocos aficionados á leyendas viejas ignorarán las rivaldades y divisiones, que en los siglos XV y XVI ocurrieron entre las dos ramas de la ilustre casa de Córdoba, que representaban los Marqueses de Priego y los de Comares. No es menos conocido el hecho de que queriendo premiar el Rey D. Alonso el XI, los méritos y servicios de Alonso Hernandez de Córdoba, y entusiasmar el ejército, erigió á su favor, cuando la famosa batalla del Salado (y segun algunos cuando el cerco de Algeciras), la dignidad de Alcaide de los Donceles, transmisible á sus sucesores y descendientes (1). Fue uno de estos el célebre Diego Hernandez de

(1) Lo es en la actualidad el E. S. Duque de Medinaceli.

Córdoba, quinto Alcáide de los Donceles, el cual tuvo la gloria de hacer prisionero en el arroyo de Martín González, en unión con el Conde de Cabra, al Rey de Granada Boabdil, por cuya hazaña le honraron los Reyes Católicos entre otras mercedes, con el título de Marqués de Comares, que llevaron con orgullo sus nietos, al par que el de Alcáides de los Donceles. Estas dos familias notables, no menos por sus riquezas, que por los esforzados varones que produjeron, tuvieron un grande influjo en la ciudad, y se disputaron tenazmente el mando de ella, llegando en algunas ocasiones el encono á tal extremo, que los parciales de uno y otro bando trabaron en las calles reñidos y sangrientos combates. Eran los Marqueses de Priego Alcáides de los Alcázares Reales; desempeñaron también la guarda de la Calahorra (1), y por sus conexiones y deudo disponían asimismo de las fortalezas que defendían la *Al-Medina* ó parte alta de la ciudad. Contra un sistema tan completo de ataque y defensa, no es natural que la Casa de Comares no tratase de estar prevenida; antes bien es mas que probable que intentaría abroquelarse en términos de poder oponer medios de resistencia análogos, en cualquier lance que ocurriera. Y siendo la Torre de los Donceles, por su construcción y solidez, no menos que por el sitio que ocupa, la mas notable de la *Acerquia* ó ciudad baja, es muy de creer que los Alcáides de los Donceles se apoderasen de ella como de un punto desde el cual les era fácil hostilizar y tener á raya á sus contrarios, asegurándose en todo evento el gobierno de aquella interesante parte de la ciudad. Y de aquí inferimos que debió venirle el nombre. Esta conjetura adquiere muchos visos de fundada, si se advierte que

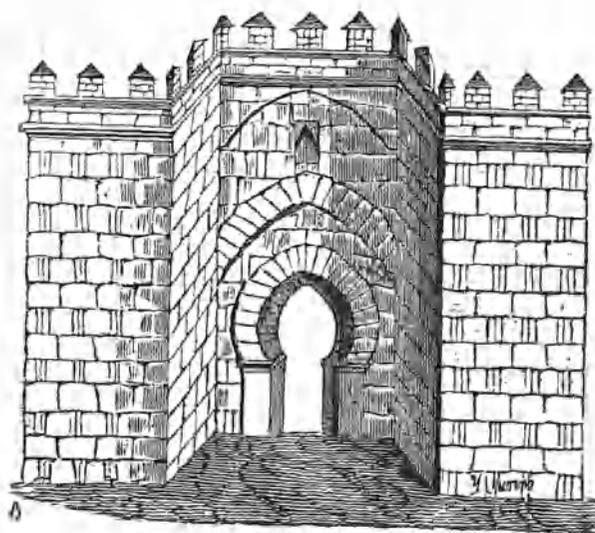
casi todas las casas solariegas importantes que hay en la ciudad baja, inmediatas á la muralla, pertenecen á familias unidas en lo antiguo á la de los Alcáides de los Donceles, por deudo ó amistad. En el archivo del Ayuntamiento existirán datos que podrian poner este punto en su verdadera luz. No nos ha sido posible consultarlos.

Consolidada la autoridad Real desde el reinado de Carlos I, y abatido el orgullo y poder de la grandeza, estas casas depusieron sus antiguas rivalidades, sirviendo de medio entre otros, los enlaces, que con el trascurso del tiempo han traído la reunion de ellas en una misma persona. Cesó entonces el interés por el mantenimiento de estos fuertes, sus Alcáides los abandonaron, y el Ayuntamiento de Córdoba entró en la posesion y gobierno de ellos. Perdida la importancia que tenían, hubieron de destinarse á los usos que se creyeron mas convenientes segun la época y las circunstancias. A la Torre de los Donceles cupo el que dejamos apuntado, y quizá también tuvo épocas mas felices en las que, nobles y graciosas Señoras presenciaron desde el mirador, que á su arrimo se construyera, las corridas de toros y de cañas, y otros juegos de habilidad y destreza, en que los gallardos donceles cordobeses lucían en la plazuela de la Magdalena su valor y gentileza. Hoy ha pasado el tiempo de las fortalezas señoriales, y el tiempo de los torneos. Ya no se oyen en aquel recinto, ni los tristes suspiros del prisionero, ni el áspero rechinar de las armaduras. El destemplado martilleo de un herrero, que es su único guardian, es el solo ruido que á veces interrumpe el monotonó silencio que de ordinario reina en la ruínosa Torre de los Donceles.

(1) Torre fuerte que defendía la entrada del Puente sobre el Guadalquivir.

Córdoba 7 de Marzo de 1843.

G. D. L. R.



REVISTA DE TEATROS.

MES DE MAYO.

Uno de los hechos mas alarmantes para la literatura moderna, y que por la frecuencia con que se presenta, va tomando el caracter de ley general, es la prematura decrepitud que invade á sus prohombres, y la marcada degradacion que se nota en sus obras, comparadas con las primeras. Flores de un dia marchitas al mismo tiempo que nacidas, fuegos fatuos que brillan un momento para disiparse, los géneos de este siglo participan de la inestable fugacidad de todas sus cosas: son centellas todavía, pero centellas que, desde la region inferior de los aires, caen al suelo por falta de pávulo; no de aquellas que bien fomentadas por el estudio se convierten en esplendorosa llama, y se remontan hacia los cielos. Antes se había visto al génio crecer, desarrollarse en toda su fuerza, hasta que atajaba la muerte sus progresos; los laureles se ostentaban verdes todavía sobre las canas del poeta; por milagro se cita á un Corneille, cuyo talento envejeció al par que su cuerpo; mas ahora se anuncian con el poco ó mucho vigor; con el poco ó mucho caudal de originalidad que encierra todo hombre en su fondo; los aplausos del público les embriagan; si son ostentados y se creen seguros de su inspiracion, corren desbocados por la senda empezada hasta dar en la exajeracion que está en el extremo de toda senda; si son codiciosos ó de ideas poco seguras, pasan toda su vida en preguntar el rumbo que han de seguir, en andar á caza del oro ó de la popularidad, en ostentar ante el público que lo paga la fuerza y flexibilidad de su ingenio, con la habilidad y soltura de los volatines. Asi ha corrompido á Scribe y á Dumas el oro y la sed de ganancia, el orgullo y la exajeracion á Victor Hugo: ¿qué mucho pues que nuestros literatos con menos premio y estímulo para sus trabajos, lejos de dirigir el gusto del público se conviertan en siervos suyos, y sajeten sus convicciones al capricho de la moda?

Y una de las modas de peor especie á nuestro entender en la literatura dramática, son los melodramas. Generosidades forzadas, pretensiones moralizadoras, inoralmente anunciadas, inverosimilitudes, reconocimientos, recursos ridículos, y su correspondiente castigo del traidor en el final: reúne los defectos de todos los géneros, la fatigosa complicacion de nuestras comedias antiguas, sin su ingenioso enredo; la frialdad y pretensiones de la tragedia clásica sin su regularidad y magestad; los horrores y descabellamiento del drama romántico, sin sus emociones y la novedad de sus arranques. Este género estrangero nacido en Francia, manejado hasta aquí por dramaturgos que no pasan de medianos, que ninguna simpatia tiene con el carácter español y con los recuerdos de su literatura, es el que va invadiendo nuestra escena, y en él se malogran los brillantes y lujosos versos de nuestros poetas, y los aplausos de nuestro público; á él ha do-

blado la rodilla tambien en su *Honoría* el autor acaso mas estudioso y concienzudo que poseemos.

Honoría es un melodrama, y el nombre de uno de fatal recordacion que en los carteles se citaba, nos dejó en el corazon un fatal presentimiento que no alcanzaba á disipar el prestigio que acompaña al nombre de Hartzembusch. ¿Qué necesidad tenía de Burchardy, que necesidad de evocar á Alarcon y á Moreto para depa-rrarles semejante alianza? Hay empresas tales en que fracasa el mayor talento, y de ello nos alegrámos, porque nada nos duele tanto como ver una mala causa sostenida con génio. Todavía brillan allí las eminentes cualidades del poeta y del dramático, pero condenadas á la esterilidad; ¡qué lástima de situaciones sin efecto, de virtudes y sacrificios sin interés, de versos brillantes y puros que no son mas que la túnica sembrada de flores que reviste un cadáver! Quiso presentar contrastes entre las dos mugeres, y los contrastes resultaron chiltones; buscó recursos nuevos, y salieron impropios sino extravagantes, intentó poner movimiento en el desenlace, y salió inverosímil y confuso; ¿y por qué? porque se colóó á nuestro entender en un terreno falso, porque quiso hacer una novela en verso, y entretener á fuerza de incidentes y de euredos la curiosidad.

Apresurémonos á decir que no toda la culpa es del autor; la tiene tambien el público que permaneció impasible y dejó pasar impasible el *Primero yo, y siempre yo*: ¿no quiso dramas con profundas intenciones, no quiso *cursos de filosofía*? que tome pues melodramas, que tome novelas. Respetamos demasiado al Señor Hartzembusch para intentar paliar con vanas teorías la caída de su *Honoría*; si le dijéramos que es un drama alemán, que es un paso de progreso en su carrera dramática, él mismo se sonreiría, pues nadie mejor que él puede medir el espacio que hay entre su *Alfonso el Casto* y su último melodrama.

El público que esta vez fue justo recitiéndolo silenciosamente, lo fue acaso tambien llamándole á las tablas en el teatro de la Cruz despues de la representacion de un *Bandido á juzgar por las apariencias*, pues si bien esta pieza no vale tal vez mucho mas que *Honoría*, tiene menos pretensiones, y fue acogida por lo que es, es decir, por un juguete. Mas ¿y por qué ha de escribir juguetes el Sr. Hartzembusch? No hay bastantes ya que puedan surtirnos de este género? por qué ha de hacer comedias de dos ingéneos, por qué poner en fondo ó medias su imaginacion, que tan rica y lanzana puede campar por sí sola? Mas le valiera volver á las comedias de magia. No es que el Sr. Diana no sea un autor apreciable y de esperanzas, y en ello nos han confirmado sus graciosas piececitas *Ella es* y *Casualidades*, estrenadas últimamente en el Príncipe, en especial la primera; pero á nuestro ver la imaginacion del uno toda filosófica y profunda, y la del otro toda festiva y ligera, son heterogéneas en extremo, y al intentar aunirlas es preciso que se desaveengan, ó que sacrifiquen su naturaleza.

Así como se perdió la *Honoría* por haber cedido al torrente melodramático, así se perdió el *Viriato* por

habérsele opuesto con su inmovilidad y ceño de tragedia. No porque no deseamos de todo corazón, y tal vez esperemos la restauración de esta reina del teatro; mas si ha de reaparecer en él, ha de ser llevada por la mano de autores de gran prestigio, en hombros de actores nuevos, y acaso también ante un público nuevo. El asunto nos pareció feliz en extremo, y acudimos con afán al teatro, ansiosos de ver aquel torvo guerrero, á quien llamaron bandido los romanos y libertador los españoles, que holló con su rústica planta el fasto y orgullo de Roma; pero no, allí no supiéramos si era guerrero, á no ser por la procesion triunfal del primer acto, que francamente fue lo que mas nos gustó. Viriato es un pobre celoso de una Romana, que tiene alojada en su Palacio, que tampoco es ninguna Porcia ni aun Virginia; y dicho se está si será animada la accion, interesantes y propias del personaje las situaciones, sabiendo que estos celos llenan cuatro actos, y hasta la muerte de Viriato es materia de celos. ¡Pobre Viriato, asesinado no una sola vez! lo que hizo el autor con el héros, lo hicieron con la tragedia los actores.

¿Eran aquellos los actores mismos que en *Los Partidos* dividieron la gloria con el escritor de la pieza? ¿Por qué los artistas no han de seguir siempre la inclinación de su carácter, sin aspirar á una universalidad, que casi nunca se encuentra en la naturaleza? *Los Partidos* no es mas que una comedia francesa arreglada al teatro español; pero es tal el tino que preside á aquel arreglo, y que posee el Sr. Vega siempre que quiere; son tan variados y naturales los caracteres, tan propios y bien graduados los incidentes; saben tanto á Moratin sus castizos versos, es tal la oportunidad de su espíritu conciliador, y sobre todo están tan bien desempeñados aquella muger fanática, aquel cuñado impetuoso, aquel alcalde girasol, que aplicarle el lente por el placer de encontrar lunares, seria ser ingratos con la pieza que mejor rato nos ha dado en todo el mes trascurrido.

Otra comedia nos ha dado el Sr. Breton, titulada *Por no decir la verdad*, ligera como todas las suyas, y como todas entretenida. Pero estas piececitas en un acto, nunca deberian servir sino para fin de fiesta, reemplazando á nuestros nécios sainetes, y alternando con los de D. Ramon de la Cruz, ya que Breton nos parece el D. Ramon de este siglo, lo que no significa que tengamos en poco al primero, sino que tenemos en mucho al segundo.

Seremos concisos con las traducciones representadas en la Cruz, del *Duque de Alburquerque*, y de las dos piececitas *Es un Niño!* y *¿Quién será su Padre?* El padre es Scribe, y lleva en verdad su sello: la primera es traducción de un libreto de ópera cómica, embrollado é inverosímil como todos, y que solo puede sostenerse con el auxilio de la música: las otras dos pertenecen á aquel vulgo de producciones que salen diariamente de la fabrica del fequandísimo. *De una afrenta dos venganzas* tiene pretensiones de drama histórico, de en tiempo del triste reinado de Carlos VI de Francia, mas no puede sostenerlas por parte de los caracte-

teres, falseados en su mayor parte, ni por la del lenguaje que no tiene ningun colorido local. Qué interés alemán puede inspirar la impúdica *Isabel de Baviera!* El desempeño tampoco pasó de mediano, excepto en algunos momentos del quinto acto; pero en cambio las decoraciones son magnificas; el incendio del Palacio de S. Pablo pudiera servir de lindo fin de baile, y en la del segundo acto nos creimos transportados por un momento al Paris del siglo XV, al Paris de *Notre Dame*.

DAVID.

CIENCIAS NATURALES.

Los Terremotos. (*)

En 1703, Jedo, una de las capitales del Japon, quedó cubierta de ruinas por un terrible terremoto. El 20 de Marzo de 1709, lo sufrió Lima de nuevo; en 1718, hubo en China en la provincia de Xan-Tsi un temblor general; quedaron sepultadas una ciudad y una grande aldea, se conmovieron las montañas, y sus escombros rodaron á dos leguas de distancia. El mismo terremoto devastó la Martinica. El que se sintió en Pekin el 11 de Junio de 1720, sepultó á 1,000 habitantes; la ciudad Tchane-Pine fue enteramente sepultada, y se abrió un volcan en la Tartaria.

Todas las costas de Berberia sufrieron terremotos en los años de 1716, 1723 y 1724; en Palermo y en Islandia en 1726, y en Chile el 8 de Julio de 1730, siendo enteramente inundada la ciudad de Santiago. El terremoto que se sintió en Pekin el 30 de Noviembre de 1731, sumergió bajo los escombros á mas de 100,000 habitantes. En Inglaterra hubo terremotos el 10 de Octubre de 1731, el 25 de Octubre de 1734, y en las islas Purilles y los países inmediatos, el 6 de Octubre de 1737. En 1741 se sintieron tres en la isla de Bering.

Las cercanías de Lima, tan frecuentemente agitadas por los terremotos, sintieron grandes sacudimientos en los dias 9, 10 y 27 de Mayo, 12 de Junio y 14 de Octubre de 1742. Por último, el 28 de Octubre de 1746, las ciudades de Lima, y del Callao quedaron enteramente destruidas, permaneciendo solo en pie 20 casas de entre 3,000, desplomándose los edificios á 50 leguas al Sur de Lima, y elevándose á 20,000 el número de personas que perecieron en aquel desastre.

En Inglaterra hubo terremotos muy notables el 1.º de Julio de 1748, y el 18 de Febrero de 1750; y el 24 de Mayo del mismo año los hubo en Chile, donde causaron grandes desastres, particularmente en Valparaiso. En Constantinopla lo hubo en 1752, y el Cairo quedó enteramente destruido en 1754, pereciendo mas de 30,000 habitantes. La ciudad de Quito en el Perú, experimentó fuertes sacudimientos el 26 y 27 de Abril del mismo año, y quedó enteramente destruida con el terremoto del 28. El de 7 de Junio de 1755, devastó la ciudad de Cachan, en Persia, destruyendo 600 casas, causando la muerte á 1,200 habitantes. (Continuará.)

(*) Véase los números 18 y 19.